

UN ORGULLO

En 2002 me incorporé al Dpto de Filología Francesa de la UNED, tras 30 años de experiencia universitaria (había trabajado en las U. de Rennes, Zaragoza, Córdoba y Málaga). De la UNED, valoraba especialmente tres elementos tras mi paso por las presenciales: su extraordinaria función social –tan obvia que no merece la pena extenderse acerca de ella–, la especial calidad de sus estudiantes –incomparablemente más motivados– y el grado de exigencia de sus estudios. Acerca de esto último, me gusta insistir en que es la única Universidad en la que se respetan íntegramente los programas de las asignaturas, a diferencia de tantas otras en los que éstos se reducen, en los exámenes, a lo que al Profesor de turno le ha dado tiempo a explicar en clase o a los famosos apuntes..., lo cual debiera ser importante a la hora de calibrar el grado de excelencia de cada una, aunque los expertos se olviden de este pequeño detalle.

Pasé a formar parte de un Departamento muy competente y motivado, y pude trabajar a gusto. También tuve la suerte de trabajar con dos Decanos –Francisco Gutiérrez Carbajo y Antonio Moreno Hernández– entregados a sus funciones y con un especial sentido común a la hora de aplicar la maraña de una legislación universitaria siempre cambiante. Y no tengo más que palabras de gratitud hacia el personal de Secretaría y el Gerente, tan comprensivos con mis alergias hacia cuanto significa burocracia y papeleo. Pero, para que no todo sea tan grato, tampoco pasaré por alto la incompetencia de algún Vicerrector de los que tuvimos que sufrir por entonces, y de cuyo nombre no es que no quiera, es que ni consigo recordarlo.

Cuando me jubilé, en el 2010, comenzaban a aplicarse los nuevos grados, pero el apurado proceso de su adaptación –con mejor o peor resultado– había consumido muchos esfuerzos y tiempo que quizás habría estado mejor aprovechado en otros menesteres. Todo se estaba replanteando: la normativa de los Másteres –en 2006 codirigí uno interuniversitario con la Complutense, en el que había que improvisar y aprobar toda su documentación a la vez que se impartían los cursos–, los planes de estudios, etc. Muy estimulante, y en ocasiones algo irritante, todo hay que decirlo. Y especialmente interesante me resultó trabajar con los compañeros del CEMAV realizando programas para la TV educativa. Aprendí mucho a su lado y guardo el mejor recuerdo de todos ellos.

Descubrí el ritmo que imponen las salidas a examinar, con su fuente inagotable de anécdotas. ¿Alguna? Por ejemplo, en mi primera salida, en Buenos Aires, lo mal que lo pasó un funcionario consular cuyos torpes

esfuerzos por copiar me hicieron prestarle una particular atención y que, tras entregar dos exámenes en blanco, insistía, más allá de lo razonable, en invitarme a una “rumbeadita” nocturna... Tuve la sensación de que lo hacía por sistema: ¿le daba buen resultado? Y recuerdo, en Melilla, a cierto estudiante que me insistía en que un oído le dolía mucho y que por eso llevaba un algodón –que, por cierto, le disimulaba un pinganillo-, y que, en realidad, el micrófono del pecho era un amuleto familiar... Para rematar tanta tontería, de repente echó a correr y desapareció... dejando su DNI encima de la mesa...

Pero los más sensibles al ritmo de los exámenes eran los alumnos de los Centros penitenciarios. Con ellos conocí en profundidad el valor de la función social que presta la UNED con unas personas que, con todas las dificultades que supone estudiar con sus limitaciones, y en un período tan duro de su existencia, se aferran a la UNED para creer en un futuro mejor. Puedo decir que nunca me plantearon los problemas de intentar copiar que tan frecuentes son –¡ay! – en los Centros asociados. Que, con excepción de un pequeño grupo en cada Centro, que únicamente comunicaban entre ellos –y muchos compañeros sabrán a quiénes me refiero– nunca sentí nuestra función tan respetada y valorada. Jamás tuve el menor problema ni me sentí incómodo. Y no olvidaré la cara de sorpresa del preso de confianza que me asignaron en una ocasión y que, tras saludarme, quiso prevenirme: “Aquí hay que tener mucho cuidado... Hay asesinos, ladrones, violadores, mala gente...” “Ya, entonces aquí es como ahí fuera, ¿no?”, le contesté, señalándole las tapias. “Sí –concluyó, tras pensarlo un instante–, aquí solo estamos los que nos hemos dejado pillar...” Quizás por todo ello, en los últimos años escogí siempre ir a estos Centros, sabiendo lo especialmente útil que resulta nuestra función en ellos.

Podría hablar de muchas cosas gratas más: por ejemplo, de la excelente Biblioteca de Humanidades, de la que pronto me hice asiduo. Pero, en síntesis, sé que tomé una buena decisión al incorporarme a la UNED. Y aún ahora, unos cuantos años después, me siento muy orgulloso de haber formado parte de ella, la veo más necesaria que nunca y valoro sin reservas sus principios y sus objetivos.

J. Ignacio Velázquez Ezquerria

